

Anne Baring
Jules Cashford

El mito de la diosa
Evolución de una imagen

Prólogo de

Sir Laurens van der Post

Traducciones del inglés de

Andrés Piquer
Susana Pottecher
Francisco del Río
Pablo A. Torijano
Isabel Urzáiz

 Siruela

El Árbol del Paraíso

Índice

Prólogo

Sir Laurens van der Post 9

Prefacio 11

El mito de la diosa

Primera parte. La diosa madre y su hijo-amante

1. El origen: la diosa madre paleolítica 21

2. La gran diosa neolítica del cielo, la tierra y las aguas 67

3. Creta: la diosa de la vida, de la muerte y de la regeneración 133

4. La Edad del Bronce: la diosa madre y su hijo-amante 175

5. Inanna-Ishtar: diosa mesopotámica de las grandes alturas
y las grandes profundidades 209

6. Isis de Egipto: reina del cielo, la tierra y el inframundo 265

7. Tiamat de Babilonia: la derrota de la diosa 321

8. Diosas de Grecia: Gea, Hera, Ártemis y Atenea 351

Segunda parte. El matrimonio sagrado

9. Diosas de Grecia: Afrodita, Deméter y Perséfone 401

10. Cibeles: la gran diosa de Anatolia y Roma 445

11. La Edad del Hierro: Yahvé-Elohim, el gran dios padre 473

12. La diosa oculta en el antiguo Testamento 505

13. Eva: la madre de todo viviente 549

14. María: el retorno de la diosa 619

15. Sofía: madre, hija y novia	691
16. El matrimonio sagrado de la diosa y el dios: la reunión de la naturaleza y el espíritu	745

Apéndices

Apéndice 1. Tiempos prehistóricos	773
Apéndice 2. Los Evangelios cristianos	775
Apéndice 3. La pérdida de la tradición y de las imágenes de la Sabiduría divina, el Espíritu santo y la reina de los cielos	779

Notas	785
--------------	-----

Bibliografía	817
---------------------	-----

Procedencia de las imágenes	837
------------------------------------	-----

Índice de contenidos	845
-----------------------------	-----

Prólogo*

Ésta es una obra larga, pero no le sobra ni una página. Es una obra de una importancia crucial, de enorme relevancia en lo que concierne a una necesidad tan acuciante como desatendida: la del replanteamiento de nuestro acercamiento a la historia. Como archivo del pasado, la historia se nos ha relatado casi en su totalidad en términos de los acontecimientos que componen su superficie; en cierto sentido, ésta es su parte menos relevante. La historia se desarrolla en dos niveles, uno manifiesto y otro profundo. Este último, irrefrenable pero no del todo explícito, exige que le dejemos manifestarse; esto se deduce claramente del modo en que construimos nuestras vidas en el mundo exterior y de los fracasos y desastres que se han producido precisamente porque no se reconoce del todo este acontecer oculto, interior; porque no se le otorga el lugar debido en el espíritu humano y en sus sociedades.

Ninguna dimensión de la historia es más verdadera que el tratamiento al que las sociedades de dominación masculina han sometido a la mitad femenina del espíritu humano ni que lo inadecuado de su reconocimiento y desarrollo en nuestras culturas y civilizaciones. El resultado de este abandono, que persiste hoy en día, lo encontramos en el desmoronamiento de los valores afectivos y sentimentales de la vida, así como en la búsqueda incansable del racionalismo masculino, que parece ser el elemento dominante de los sistemas actuales.

Ante nosotros tenemos, por fin, una obra cuyo carácter pionero la dota de una trascendencia inmensa. Muchos hombres imaginativos han realizado incursiones admirables en esta dimensión desconocida, explorándola; en este sentido han llevado a cabo una labor fundamental como pioneros. Pero dicha labor nunca se ha realizado como es debido: por mujeres, por lo femenino a la búsqueda de lo femenino, igual que nosotros hemos buscado lo masculino en los orígenes remotos de la vida en la tierra y en nuestra progresión hacia esta época nuestra, tan imponente y tumultuosa.

Eso es justamente lo que han hecho Jules Cashford y Anne Baring. Han retrocedido todo lo posible en la historia y desde ahí han trazado una línea hasta nuestros días. Tienen un gran relato que contarnos, un relato que nos llega justo a tiempo, ya que la pérdida de ese acontecer femenino es lo que nos ha obligado a enfrentarnos al

* Traducción de Francisco del Río.

problema más acuciante y peligroso de nuestra época: el de la explotación y el rechazo de nuestra madre, la tierra, nuestra madre a quien se le ha arrebatado la gran reserva de vida que había preparado para nosotros; a quien, además, se le niega con insistencia cada vez mayor la oportunidad de hacer más.

La totalidad de la historia se cuenta por primera vez, que yo sepa, en estas páginas. Es la historia terrible, y a la vez extrañamente sugerente, de lo femenino, todavía invicto y animoso. Todos estamos llamados a rendirle honor y obediencia si no queremos desvanecernos también como tantas otras culturas en el laberinto del pasado a través del cual las autoras siguen este hilo dorado. A nuestras espaldas, se amontonan en el horizonte los escombros de civilizaciones que no han conseguido renovarse, que, de alguna manera, se han rendido ante el desafío que suponía trascender sus polos opuestos a través de la combinación equilibrada de lo masculino y lo femenino, creando, por medio de esa unión, algo más grande que la suma de sus partes.

Sir Laurens van der Post
octubre de 1990

Prefacio*

Cuando comenzamos a escribir este libro nuestra intención era, simplemente, reunir las diferentes historias e imágenes de las diosas tal y como se expresaban en diferentes culturas, desde las primeras estatuillas del Paleolítico en el año 20.000 a. C. hasta las representaciones contemporáneas de la virgen María. Parecía que valía la pena llevar a cabo esta labor, dado que una de las formas en que los humanos aprehenden su propio ser es haciéndolo visible en las imágenes de sus dioses y diosas. Sin embargo, a lo largo de esta investigación descubrimos unas similitudes y paralelismos tan sorprendentes entre culturas aparentemente inconexas que llegamos a la conclusión de que se había producido una transmisión continuada de imágenes a través de la historia. La continuidad es tan llamativa que nos parece que puede hablarse del «mito de la diosa», ya que la visión latente que se expresa en la amplia gama de imágenes de diosas es constante: la visión de la vida como unidad viva.

La diosa madre, dondequiera que se encuentre, es una imagen que inspira una percepción del universo como todo orgánico, sagrado y vivo, de la que ella es el núcleo; es una imagen de la que forman parte, como «sus hijos», la humanidad, la tierra y toda forma de vida terrestre. Todo está entrelazado en una red cósmica que vincula entre sí todos los órdenes de la vida manifiesta y no manifiesta, porque todos ellos participan de la santidad de la fuente original.

Sin embargo, resultaba evidente que en la época en que vivimos el mito de la diosa es imposible de encontrar. En la versión católica del cristianismo, María, «la virgen», «reina del cielo», se reviste, desde luego, de todas las antiguas imágenes de la diosa. Exceptuando una: no es «reina de la tierra», y esto es significativo. La tierra solía tener una diosa que podía considerar propia, por decirlo de alguna manera: la tierra y la creación entera se componían de la misma sustancia que la diosa. La tierra era su epifanía; el carácter divino era inmanente a la creación. Nuestra imagen mítica de la tierra ha perdido esta dimensión.

De modo que nos propusimos descubrir qué es lo que le había ocurrido a la imagen de la diosa, cómo y cuándo desapareció, y qué supuso esta pérdida. Las imágenes míti-

* Traducción de Francisco del Río.

cas rigen las culturas de forma implícita; a partir de este principio, ¿a qué conclusiones llegábamos acerca de una cultura en particular, como la nuestra, que o bien no poseía o bien no reconocía una imagen mítica del principio femenino? El que en ninguna época se haya desacralizado la naturaleza como en la nuestra comenzó a parecernos un hecho cada vez menos casual: en general, la tierra ya no se percibe por instinto como un ser vivo, como antaño; o al menos eso parece demostrar la misma existencia de la polución (término que, en su acepción original, designaba la profanación de lo sagrado). Y es también nuestra la época en que el cuerpo entero de la tierra corre un peligro de magnitud desconocida en la historia de nuestro planeta.

Analizar la manera en que se perdió el mito de la diosa se convirtió, por consiguiente, en el segundo objetivo de este libro: cuándo, dónde y cómo surgieron las imágenes del «dios»; cómo se relacionaban entre sí la diosa y el dios en culturas y épocas anteriores. Pronto quedó claro que a partir de la mitología babilónica (c. 2000 a. C.) la diosa comenzó a asociarse casi exclusivamente con la «naturaleza» como fuerza caótica que debe ser sometida. El dios, por su parte, adoptó el papel de someter o poner orden en la naturaleza desde su polo contrario, el del «espíritu». Sin embargo, esta oposición no había existido hasta entonces, así que era necesario colocarla en el contexto de la evolución de la consciencia. Una manera de comprender este proceso consiste en considerarlo como la disminución progresiva de la participación de la naturaleza; se posibilita así una independencia cada vez mayor de los fenómenos naturales, además de la transferencia gradual a la humanidad de la «vida de la naturaleza». Parece que así fue como la humanidad y la naturaleza terminaron por colocarse en polos opuestos. Este fenómeno de polarización podría considerarse una primera etapa de este proceso, quizás hasta una etapa inevitable. Sin embargo, no define de forma absoluta los dos términos que antes fueron sólo uno. Por otra parte, las estructuras de pensamiento que se iniciaron a finales de la Edad del Bronce y a principios de la Edad del Hierro están todavía tan presentes en nuestras vidas que nos vimos obligadas a recordarnos continuamente que dicha polarización no es intrínseca a la manera en que debemos reflexionar acerca de estos términos.

Nos sorprendió, por lo tanto, descubrir hasta qué punto nuestra religión o mitología (según el punto de vista) judía y cristiana había heredado las imágenes paradigmáticas de la mitología babilónica, en particular la oposición entre el espíritu creativo y la naturaleza caótica, además del hábito de construir nuestro pensamiento a partir de términos opuestos, en general. Sin ir más lejos, encontramos estos esquemas en la creencia generalizada de que el mundo espiritual y el físico pertenecen a especies diferentes; dicha creencia, asumida de forma irreflexiva, separa la mente de la materia, el alma del cuerpo, el pensamiento del sentimiento, el intelecto de la intuición y la razón del instinto. Si, además, el polo «espiritual» de estas categorías duales se valora más que el polo «físico», ambos términos caen en una oposición tal que es casi imposible volverlos a reunir sin antes disolverlos.

Llegamos a la conclusión de que el principio femenino, como expresión válida de la santidad y unidad de la vida, llevaba perdido los últimos 4.000 años. Dicho principio se manifiesta en la historia mitológica como «la diosa», y en la historia cultural aparece en los valores otorgados a la espontaneidad, el sentimiento, el instinto y la intuición. Hoy en día no hay, formalmente hablando, dimensión femenina alguna de lo divino en la mitología judía y cristiana; nuestra cultura está articulada a partir de la imagen de un dios masculino que se sitúa más allá de la creación y que la ordena desde el exterior, en vez de estar en el interior de la misma, como lo estuvieron las diosas madre antes que él. El resultado inevitable de esta situación es el desequilibrio entre los principios masculino y femenino, que trae consigo consecuencias fundamentales para la forma en que creamos nuestro mundo y en que vivimos en él.

Nos dimos cuenta, además, de que a pesar de la desvalorización que pudiese sufrir el degradado mito de la diosa nunca desaparecía, sino que continuaba existiendo de forma oculta, escondido bajo imágenes a las que, especialmente en la tradición judeocristiana, no se permitía una expresión vital y espontánea. En la mitología griega, por ejemplo, Zeus «se casaba» con las antiguas diosas madre, una tras otra; éstas continuaban dominando por derecho propio todo lo referente a los partos, la fertilidad o la transformación espiritual, aunque al final debían rendirle cuentas al mismo dios padre. En la mitología hebrea la diosa se hizo clandestina, por así decirlo. Se ocultó en los dragones del caos, Leviatán y Behemot, cuya destrucción nunca fue total, o en el inevitable atractivo de Astarté, la diosa cananea prohibida, o, de forma más abstracta, en Sofía, la personificación femenina de la «sabiduría» de Yahvé, y en la Sekiná, personificación femenina de su «presencia». A pesar de ser humana y de la maldición que recayó sobre ella, Adán dio a Eva el nombre desechado de las diosas madre de antaño: «madre de todo ser viviente». Este nombre adquirió, sin embargo, un significado fatalmente nuevo y limitado; la ascensión en cuerpo y alma al cielo de la virgen María como «reina» no se reconoció hasta los años cincuenta del siglo XX, debido a su condición de «segunda Eva». Pero su importancia ha ido en aumento a lo largo de los siglos, es indudable que en respuesta a una necesidad no satisfecha de muchas personas.

Tal y como pretendemos demostrar, el mito de la diosa continuó influyendo en todos estos casos en la visión del mundo prevaleciente de la época. Sin embargo, al ser contrario a la doctrina formal, su acción debía ser necesariamente implícita e indirecta, como la de cualquier actitud que no llega a ser plenamente consciente. Esto implicaba que su presencia, no reconocida pero persistente, a menudo distorsionaba hasta las expresiones más sublimes del prevaleciente mito del dios. Parecía claro que el principio femenino era un aspecto de la conciencia humana que no podía ni debía ser erradicado; era necesario, por lo tanto, devolverlo a la conciencia y restaurarlo a una situación de plena complementariedad para con el principio masculino, si se quería alcanzar un equilibrio armonioso entre estas dos maneras esenciales de experimentar la vida.

Pero, entonces, ¿dónde se hallaba hoy el mito de la diosa? Sorprendentemente,

resurgió en cuanto volvimos la mirada hacia los descubrimientos de las «nuevas» ciencias. Fue como si el antiguo mito emergiese de nuevo bajo una nueva forma; no como la imagen personalizada de una deidad femenina, sino como lo que dicha imagen representaba: una visión de la vida como todo sagrado en la que toda forma de vida, unida en una relación mutua, participaba; en la que todo participante estaba «vivo» desde un punto de vista dinámico. Comenzando por Heisenberg y Einstein, los físicos afirmaban que, en términos de la física subatómica, el universo sólo podía entenderse como un todo; que esta unidad se expresaba en modelos redundantes de relación; que el observador quedaba necesariamente incluido en el acto de la observación. De forma característica, muchas de las imágenes que pertenecían al antiguo mito de la diosa expresaban estas mismas conclusiones. La red de tiempo y espacio que la madre diosa tejió antaño a partir de su vientre eterno se había convertido en la «red cósmica» que relacionaba entre sí toda forma de vida; recordemos a las diosas del Neolítico, enterradas junto con husos de rueca, pasando por las hilanderas del destino griegas, hasta llegar a María. Todas las diosas madre nacieron del mar: desde la Nammu sumeria, pasando por la Isis egipcia, la Afrodita griega, hasta la María cristiana, cuyo nombre significa «mar» en latín. Esta imagen había vuelto a instalarse en la imaginación bajo la forma del «océano de energía» del «orden implícito».

Desde una perspectiva mitológica, puede también percibirse el mito de la diosa en los intentos de muchos seres humanos de vivir de una forma nueva, permitiendo que su sentimiento de participación con la tierra afecte a la manera en que piensan sobre ella, a la manera en que actúan respecto a ella; siendo conscientes, en suma, de la necesidad apremiante de aprehender el mundo como unidad. Einstein es el portavoz de esta necesidad: «Con la división del átomo, todo ha cambiado salvo nuestra forma de pensar: vagamos a la deriva hacia un desastre sin precedentes».

Sin embargo, la imagen mítica predominante en la época, que podríamos definir como la del «dios sin la diosa», continúa siendo el fundamento del mismo paradigma opositor y mecanicista que refutan los descubrimientos científicos más recientes. Esto significa que dos aspectos esenciales de la mente humana están en desacuerdo. El afirmar que las imágenes míticas tienen una importancia tan grande para todas las áreas de la experiencia humana puede parecer excesivo; sin embargo, los descubrimientos de la psicología profunda han demostrado lo radicalmente que nos influyen y nos motivan los impulsos que se fraguan por debajo del umbral de la conciencia, tanto en nuestra vida personal como en nuestra vida colectiva como miembros de la raza humana. No podemos, por lo tanto, permitirnos que la tendencia predominante de pensamiento nos deje indiferentes. Es necesario hacer un intento por avanzar más allá de nuestra herencia mitológica, de la misma manera en que tratamos de analizar con cierta perspectiva nuestra herencia individual: nuestra familia en particular, nuestro clan, nuestro país.

Una forma de devolver el mito de la diosa al ámbito de la consciencia es relatando de nuevo las historias que las gentes han narrado a través de los milenios, recorriendo

la cadena continuada de imágenes a través de diferentes culturas a partir del año 20.000 a. C., agrupándolas para que la unidad que yace tras ellas pueda desvelarse. Sólo entonces podrá esta tradición abandonada, infravalorada, pero aparentemente inextinguible, hablar por sí misma. Esto es lo que hemos tratado de hacer, con la esperanza de que la visión de la vida como un todo sagrado, que se encarna en las manifestaciones más sublimes del mito de la diosa, pueda ser relacionada con el mito del dios; contribuiremos, de esta manera, al nuevo modo de pensamiento que Einstein proclamaba como necesario.

Como decidimos centrarnos en la tradición occidental, no hemos hecho ningún intento por narrar las historias de la India, de África o del Lejano Oriente. Ésta es, obviamente, una limitación, pero el libro ya es lo suficientemente extenso. Los lectores hallarán quizá paralelismos y puntos de contraste que contribuyan a un motivo verdaderamente universal.

Unas breves palabras acerca del mito. Como señalaba el principal experto en mitología, Joseph Campbell, el mito es un sueño que todo el mundo tiene, al igual que todo el mundo sueña con sus propios mitos personales: «El sueño es el mito personalizado; el mito es el sueño despersonalizado»:

Los mitos del hombre han prosperado por todo el mundo habitado, en toda época y bajo toda circunstancia; han sido la fuente de inspiración viva de lo que sea que haya surgido a partir de las actividades del cuerpo y de la mente humana. No sería excesivo afirmar que el mito es la abertura secreta a través de la cual las energías inagotables del cosmos se vierten sobre las manifestaciones culturales del ser humano. Religiones, filosofías, artes, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, los descubrimientos fundamentales de la ciencia y de la tecnología, las mismas imágenes oníricas que inflaman nuestro sueño, se forman a partir del círculo básico y mágico del mito¹.

Los mitos son los relatos de la raza humana que arrastramos con nosotros hacia el futuro al soñar. De hecho, señala Jung, «en el mejor de los casos se sigue soñando el mito y se le da forma moderna»².

Antaño, en la Edad del Bronce, el «matrimonio sagrado» de la diosa y el dios simbolizaba la unión de los principios femenino y masculino. Consistían en una ceremonia ritual que colaboraba, se creía, a la regeneración de la naturaleza. ¿No será posible, contando con el elevado nivel de consciencia que se ha alcanzado cuatro mil años después, recrear en la imaginación humana el mismo tipo de comprensión intuitiva que se representaba en el pasado mediante una participación inconsciente? El fin sería

¹ Joseph Campbell, *The Hero with a Thousand Faces*, p. 13.

² C. G. Jung, *Collected Works*, vol. 9, 1, *The Archetypes and the Collective Unconscious*, § 271 [hay tr. cast.].

el mismo: la renovación de la vida creativa. ¿Cuáles serían los ropajes modernos de este sueño antiguo? El volver a colocar a lo femenino en una relación de complementariedad para con lo masculino ¿haría posible el nacimiento de una nueva mitología del universo como un todo armonioso y vivo? ¿La naturaleza y el espíritu, tras tantos milenios de separación, de nuevo aprehendidos como un todo único, sin dualidad?

El mito de la diosa

Primera parte

La diosa madre y su hijo-amante



1. La diosa de Laussel (bajorrelieve en roca, c. 22.000-18.000 a. C., 43 cm de altura. Dordoña, Francia)

1

El origen: la diosa madre paleolítica*

Cada parte de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada brillante aguja de un abeto, cada playa de arena, cada retazo de neblina en el oscuro bosque, cada claro de él, y cada zumbido de insecto es sagrado en la memoria y la experiencia de mi pueblo. La savia que circula en los árboles lleva los recuerdos del Piel roja. Somos una parte de la tierra, y ella es una parte de nosotros. Las flores fragantes son nuestras hermanas, el ciervo, el caballo, el gran águila, son nuestros hermanos. Las cimas rocosas, las suaves praderas, el calor del mustang, y el hombre, todos pertenecen a la misma familia. El agua cristalina que brilla en arroyos y ríos, no es sólo agua sino sangre de nuestros antepasados. Si vendemos nuestra tierra, deben saber que es sagrada, y que cada pasajero reflejo en las claras aguas habla de los hechos y los recuerdos de la vida de mi pueblo. Los ríos son nuestros hermanos, ellos calman nuestra sed. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre. Los ríos llevan las canoas y alimentan nuestros hijos. Si vendemos nuestra tierra tienen que recordar y enseñar a sus hijos que los ríos son nuestros hermanos y los vuestros, y tendrán desde ahora que mostrar por ellos el cariño que mostrarían por un hermano.

El aire es imprescindible para nosotros, pues todas las cosas participan del mismo soplo.

[Pero si les vendemos nuestra tierra no olviden que] el aire es precioso; que comparte su espíritu con todo lo que hace vivir. El viento que dio a nuestros padres el primer aliento, también recibió su último suspiro. Enseñen a sus hijos lo que hemos enseñado a los nuestros: que la tierra es nuestra madre, todo lo que le pase a la tierra, les sucede a los hijos de la tierra. Nosotros sabemos al menos esto: la tierra no pertenece a los hombres, es el hombre quien pertenece a la tierra. Todo está unido como la sangre que une una misma familia. Todo está unido. Lo que le pase a la tierra, le sucederá a los hijos de la tierra. No es el hombre quien tejó la trama de la vida: él es solamente un hilo. Todo lo que haga al tejido, se lo hace a sí mismo.

Jefe Seattle, 1855¹

* Traducción de Susana Pottecher.





Mapa 1. Distribución de las figurillas de la diosa en la Paleolítico

Hace mucho tiempo, 20.000 años o más, apareció la imagen de la diosa sobre un amplio territorio, extendiéndose desde los Pirineos al lago Baikal de Siberia. Estatuas de piedra, hueso y marfil, diminutas figuras de cuerpos largos y pechos caídos, redondeadas imágenes maternas cuyas formas abultadas anticipaban el nacimiento, efigies con signos arañados en ellas –líneas, triángulos, zigzags, círculos, redes, hojas, espirales, agujeros–, elegantes formas que surgían de la roca, pintadas de ocre rojo, todo ello ha sobrevivido a través de las ignotas generaciones de seres humanos que compusieron la historia de la humanidad.

¿En qué momento de la historia del hombre aparecieron estas imágenes sagradas? El fuego se descubrió hace alrededor de 600.000 años. ¿Qué pasó en los años, aproximadamente medio millón, transcurridos entre este tiempo y el comienzo del Paleolítico superior, hacia el año 50.000 a. C.? ¿Qué sueños se soñaron, qué historias se contaron en torno al fuego? Cuatro grandes eras glaciales, cada una de ellas de miles de años, vinieron y se fueron. Con el deshielo de los glaciares que habían cubierto la práctica totalidad de Europa y Asia –entre los años 50.000 y 30.000 a. C. (aunque no desaparecieron finalmente hasta cerca del 10.000 a. C.)– emergió un tipo humano con el que podemos sentir afinidad: el *Homo sapiens*. Pocos animales pudieron vivir con anterioridad en la tierra congelada, a excepción del mamut y el rinoceronte lanudos y del reno; mas ahora comenzó a brotar la estepa que, cubierta de hierba, mantuvo a grandes manadas de bisontes, caballos y ganado. Más tarde –entre los años 20.000 y 15.000 a. C.– las tierras verdes dieron paso a espesos bosques, por lo que las manadas emigraron hacia el este, seguidas por los cazadores. Algunas tribus quedaron atrás, como las del sudoeste de Francia, haciendo de las cuevas sus casas, en los fértiles valles del Dordoña, el Vézère, y el Ariège. Por aquel entonces se pintaron las paredes de las cuevas y se tallaron estatuas de diosas.

Se han descubierto más de 130 de estas esculturas, apoyadas sobre rocas y sobre tierra, entre los huesos y herramientas de estos pueblos del Paleolítico. Otras aparecieron cuando se realizó una observación más minuciosa, cinceladas sobre los salientes y terrazas de piedra sobre las cuevas donde muchas de estas personas vivían. Las estatuas siempre representan figuras desnudas; son generalmente pequeñas y con frecuencia gestantes. Algunas semejan mujeres ordinarias, pero la mayoría tienen la apariencia de madres, como si cuanto fuera femenino en ellas se hubiese concentrado en el misterio abrumador del nacimiento. Muchas figuras han sido salpicadas de ocre rojo, el color de la sangre que proporciona la vida, y con frecuencia su base se va estrechando hasta formar una punta carente de pies, como si en alguna ocasión hubieran permanecido clavadas en el suelo con intención ritual. Las tribus que vivieron dentro de las cuevas, pintando las oscuras paredes interiores con los rojos chillones, ocres y marrones de los animales salvajes, colocarían las estatuas en el exterior de sus moradas, en la entrada de sus habitáculos o de su santuario.

Sobre un refugio rocoso en Laussel, en la Dordoña –sólo a unos pocos kilómetros de

distancia de la gran cueva de Lascaux, donde aún cubren sus paredes las más brillantes de estas pinturas—, una estatua femenina de 43 cm de altura contempló alguna vez el valle (figura 1). Los escultores del Paleolítico la cincelaron en piedra caliza con utensilios de sílex y colocaron en su mano derecha un cuerno de bisonte en forma de luna creciente, con muescas de los trece días de la fase creciente de la luna y de los trece meses del año lunar. Con su mano izquierda apunta hacia su vientre grávido. Su cabeza se inclina hacia la luna creciente, dibujando una curva que conecta la fase creciente de la luna con la fecundidad del útero humano, y que pasa por sus dedos, posados sobre su vientre, para ascender, a través del ángulo que forma su cabeza, hasta el cuerno creciente de su mano. De esta manera se reconocen las pautas de relación que vinculan el orden celeste y el terrestre.

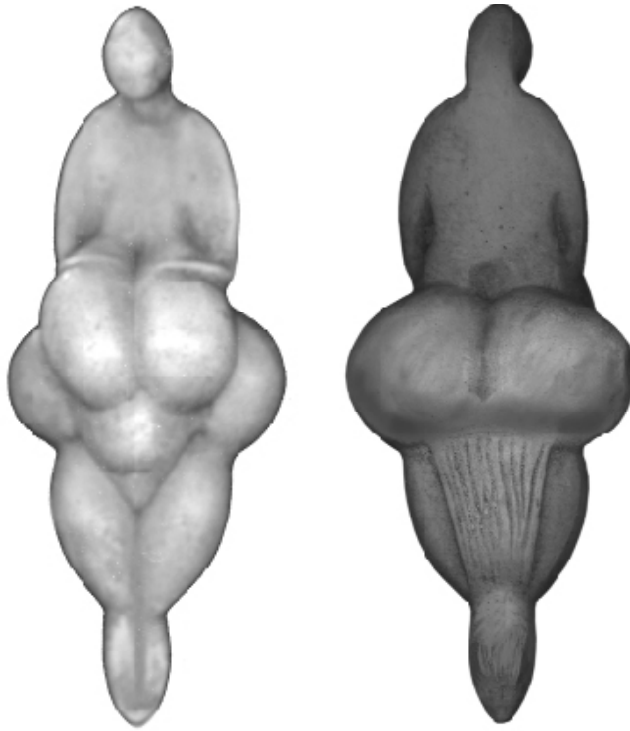
Joseph Campbell establece la conexión entre el pasado y el presente:

Las fases de la luna eran las mismas para el hombre del Paleolítico que hoy para nosotros; también eran idénticos los procesos propios del útero. Podría ser, pues, que la observación inicial que condujo al nacimiento, en la mente del hombre, de la mitología de un misterio que informa de los asuntos terrestres y celestiales, fuese el reconocimiento de una armonía entre estos dos órdenes articulados a partir del factor del tiempo: el orden celeste de la luna creciente, y el terrestre del útero².

A 161 km hacia el sur, en las laderas de los Pirineos, en un lugar llamado Lespugue, reposó desde milenios en una zanja cubierta de barro la delicada escultura que muestra la figura 2. De sólo 14 cm de altura, fue esculpida en el marfil de un mamut. No tiene manos ni pies y sus piernas se afilan hasta formar una punta; parece, pues, que estuvo clavada en la tierra, o que se fijó sobre una base de madera, para que pudiese permanecer erguida donde pudiera ser vista. La parte superior de su pecho se aplanó para formar una curva, que se eleva hacia una cabeza casi serpentina que se inclina hacia delante, de modo que su frágil cuerpo subraya su capacidad para dar a luz y proporcionar alimento.

Sus brazos descansan sobre sus pechos, que penden, alargados, y que se funden con su vientre pleno y redondeado; sus nalgas y muslos están desproporcionadamente abultados, como si contribuyesen también al acto de dar a luz. Sus pechos y nalgas dan la sensación de ser cuatro huevos que transporta en el nido de su cuerpo gestante. Diez líneas verticales han sido trazadas desde debajo de sus glúteos hasta la parte trasera de sus rodillas, dando la impresión de ser las aguas del parto que caen profusamente de la matriz, como la lluvia. Las diez líneas sugieren los diez meses lunares de la gestación en el útero.

¿En qué nos basamos para defender que estas esculturas de mujer son de diosas, y no simplemente bellezas de la tribu local, o las jóvenes de la cueva de al lado? En primer lugar, no parece que los artífices de las estatuas tuviesen la intención de reflejar



2. Diosa de Lespugue, vista frontal y posterior (estatua de marfil de mamut, 20.000-18.000 a. C., 14 cm de altura. Alto Garona, Francia)

fielmente la naturaleza, a no ser que asumamos que los artistas paleolíticos carecían del sentido de la proporción para las hembras humanas, mientras que poseían un exquisito talento para la de los animales. Si para describirlas se utiliza esa expresión cautelosa, «Estatua de una mujer», que se encuentra habitualmente en las placas de los museos, se pasa por alto el simbolismo que supone el estructurar todas las partes del cuerpo de una manera tan coherente y consistente. Dado que la totalidad del cuerpo se concentra en el drama del nacimiento, lo que relatan éstas y muchas otras figuras es la historia de cómo se origina la vida.

La figura femenina es la única evidencia que poseemos en cada caso. Podemos interpretar que representa a una mujer particular, o a todas las mujeres en general; o bien a una mujer a cuyas características específicas se ha dotado de sentido ritual, convirtiéndolas en un medio que trasluce algo que supera lo que cualquier mujer particular es o hace. No se ha encontrado ninguna figura masculina similar. ¿Por qué se otorgaría una dimensión ritual, entonces, a la figura de una mujer, o más precisamente, a la figura de una mujer dando a luz? Al llegar a este punto abandonamos la evidencia y comenzamos la interpretación.

El misterio del cuerpo femenino es el misterio del nacimiento, que es también el

misterio de lo no manifiesto convirtiéndose en manifiesto en la totalidad de la naturaleza. Esto trasciende con creces el cuerpo femenino y la mujer como soporte de esta imagen, pues el cuerpo de la hembra de cualquier especie nos conduce, a través del misterio del nacimiento, al misterio de la vida misma.

Si admitimos el significado religioso de estas figuras, no podemos simplemente etiquetarlas como «ídolos de fertilidad»: la palabra «ídolo» trivializa invariablemente el carácter numinoso de la experiencia religiosa, en tanto que sólo se utiliza para designar las formas de culto de otros pueblos, y la palabra «fertilidad» pasa por alto también, de forma llamativa, el hecho de que muchas personas de nuestro tiempo rezan a la virgen María para que les conceda hijos. De modo similar, denominarlas «estatuillas de Venus» —como ocurre en las expresiones Venus de Laussel o Venus de Lespugue, que son los nombres que se les suele dar— es reducir la universalidad de un primer principio —la madre— al nombre de la diosa romana del amor, que era por entonces sólo una diosa entre otras muchas, todas ellas suplantadas tiempo atrás por el dios padre en tanto que soberano, si no creador, del mundo. De modo que, para intentar devolver a las figuras del Paleolítico su propia dignidad original, preferimos designar esas imágenes sagradas de los poderes del universo que dan vida, alimentan y regeneran con el nombre de «diosa madre», o simplemente «diosa».

No vamos a intentar definir lo «sagrado» y lo «numinoso», ya que son términos que apuntan a una realidad última que es única para cada persona, cuyo significado compartido atraviesa, sin embargo, los milenios para cambiar imperceptiblemente en cada era.

3. Cabeza de diosa (marfil de mamut, c. 22.000 a. C., 3,65 cm de altura. Brassempouy, Las Landas, Francia)



Lo importante es que en todas las culturas, ya sea su organización simple o compleja, hallamos una experiencia de dimensiones sagradas. Esto sugiere que lo sagrado no es una etapa en la historia de la consciencia, sino un elemento de la estructura de la consciencia que pertenece a todos los pueblos de todas las épocas. Es, pues, parte del carácter de la raza humana, quizá la parte esencial. Por eso es crucialmente necesario para la comprensión de ese otro aspecto del ser humano que consiste en haber nacido en un momento particular, dentro de una familia específica, incluida en un determinado grupo tribal. Si aceptamos que las imágenes de otras culturas tienen argumentos igualmente válidos para acceder a la dimensión de lo sagrado, es menos probable que pasemos por alto las similitudes entre nuestras propias imágenes numinosas y las de los demás.

La escultura más antigua de una diosa —c. 22.000 a. C.— es la que parece más moderna; de ella sólo se ha conservado una pequeña cabeza (figura 3). Esculpida en marfil de mamut, mide sólo 3,65 cm de altura, y sus facciones son finas y delicadas: un cuello largo enmarcado por cabellos lisos, cejas y nariz muy pronunciadas, y el diseño de una red cincelada de forma precisa sobre la totalidad de su larga cabellera. Proviene de Brassempouy, en la región francesa de las Landas.

La diosa madre como fuente creativa de vida

Al volver la mirada, miles de años después, hacia estas figuras, las más antiguas, parece como si la madre hubiese sido la primera imagen de vida para la humanidad. Esto debe remontarse a los tiempos en que los seres humanos se reconocían como hijos de la naturaleza, vinculados con todas las cosas, formando parte del todo. Puede parecer asombroso que los pueblos que vivían entonces hablasen ya un lenguaje que aún hoy nos resulta inteligible. No obstante, si exploramos el arte de aquel tiempo desde la perspectiva del presente, desde las tradiciones más complejas que hemos conocido después, parece que muchas de estas imágenes del culto de la diosa madre, de las que tuvimos noticia más tarde, tuvieron aquí su más temprana manifestación. Imágenes de parto, del acto de amamantar, y del de recibir al muerto de nuevo en el útero para su renacimiento, se suceden tanto en el Paleolítico como en el Neolítico, 10.000 años más tarde, y 5.000 años después en la Edad del Bronce y la del Hierro. Se hallan presentes incluso en la cultura occidental, en los cultos que rodean a la virgen María. No causa sorpresa que esas imágenes de la diosa aparezcan a lo largo de la historia humana: todas ellas expresan una visión similar de la vida en la tierra, en que la fuente creativa de la vida se concibe en la imagen de una madre y en que la humanidad siente que ella misma, y el resto de la creación, son hijos de la madre.

Si nos trasladamos del oeste al este, encontramos a la diosa de Willendorf en Austria (figuras 4 y 5). Mide 11 cm únicamente, pero parece enorme. Hecha de piedra caliza, esta figura está grávida de fertilidad, tan enraizada en la tierra que parece parte de ella.